
ALBERT O. HIRSCHMAN, UN SABIO

*Jeremy Adelman**

El pasado 10 de diciembre el mundo se despidió de uno de sus pensadores más originales. Albert O. Hirschman falleció a la edad de 97 años.

La vida de Albert Hirschman se puede ver como una parábola de los horrores y las esperanzas del siglo XX. Nacido en Berlín en 1915, huyó a comienzos de 1933 con el ascenso de Hitler y la trágica muerte de su padre. Cabría pensar que al pasar la adolescencia dejó atrás sus sueños juveniles, encarnados en el espíritu de tolerancia, experimentación y reforma que asociamos con la República de Weimar. Pero no fue así. Su amor por Goethe y su empeño para entender y luchar por los valores cosmopolitas de la fallida república lo acompañaron toda su vida.

La huida de Berlín fue la primera de muchas otras, pues la intolerancia lo persiguió de un país a otro. Alguien más vulnerable a la amargura habría considerado este rasgo de la vida en la era moderna como un signo de decadencia de las exaltadas ideas de la Ilustración. Vienen a la mente el nombre de Hannah Arendt y los de muchos otros exiliados de Europa Central que se lanzaron al mundo para transformar su paisaje artístico e intelectual, para arrojar sombras de duda y de pesimismo sobre la condición moderna.

Pero Hirschman no fue uno de ellos. Una característica de su visión política y de su genio intelectual fue la de encontrar una fuente de opciones en aquello que parece inmutable, reacio e inmune al cambio.

* Profesor de Civilización y Cultura Hispana, Director del Departamento de Historia de la Universidad de Princeton, [adelman@princeton.edu]. Documento original en inglés. Se publica con autorización del autor. Traducción de Alberto Supelano. Fecha de recepción: 8 de enero de 2013, fecha de aceptación: 10 de mayo de 2013.

Con algo de imaginación, de pensamiento lateral y de audacia se hallaban alternativas posibles. “¿No nos interesa más lo que es (apenas) posible que lo que es probable?”, se preguntó una vez. En lugar de obsesionarnos con la certeza y la predicción —que le recordaban la exhortación de Flaubert contra *la rage de vouloir conclure*, que solo puede llevarnos a callejones sin salida y a resultados absolutos— ¿no deberíamos ser más humildes y más optimistas?

Su credo plantó una bandera contra el creciente desencanto con la reforma, el desarrollo y la modernización cuando presentó al mundo un personaje al que llamó “el posibilista”, en un famoso ensayo que escribió poco después de un viaje a Argentina en 1970. La brújula ética del posibilista era una idea de libertad que Hirschman definió como “el derecho a un futuro no planeado”, la libertad para explorar destinos no predichos o programados por las leyes de hierro de las ciencias sociales.

Hirschman juntó los componentes de su pensamiento en una vida de acción en el mundo. Aunque desde su infancia tuvo un intelecto precoz, lo que lo llevó a formar su visión del mundo fue la combinación de su *vita contemplativa* y de su *vita activa*. La huida de Berlín lo condujo a París, donde se sumó al creciente número de refugiados: mencheviques rusos, socialistas italianos, comunistas alemanes. Aprendió economía en París, y luego en la London School of Economics (LSE) y en la Universidad de Trieste. Quizá sea más correcto decir que se enseñó economía a sí mismo. Sea como fuere, desde el comienzo plasmó una combinación original a partir de la lectura de clásicos como Adam Smith y Karl Marx, de los debates franceses sobre balanza de pagos y de las preocupaciones italianas por la producción industrial. Hirschman hizo sus primeras incursiones en la disciplina en el contexto de la Gran Depresión, interesado en las causas y soluciones del desempleo masivo, la expansión de la autarquía económica y el imperialismo. Al parecer, desde el principio fue ajeno a todo tipo de ortodoxias. Mientras estudiaba en Londres, Keynes publicó su monumental *Teoría general*. Sus detractores, Lionel Robbins y Friedrich Hayek, eran personajes señeros en la LSE. Pero a Hirschman no le entusiasaban demasiado las grandes afirmaciones teóricas rivales. Su interés era otro: entender los orígenes del caos económico europeo, un interés que lo llevaría a estudiar las inestabilidades y, más en general, el desequilibrio de los procesos de desarrollo.

La Gran Depresión no fue lo único que lo marcó. También lo marcó la crisis política que se extendió por toda Europa. París era

un centro de intrigas de la diáspora continental. Hirschman pronto se alejó de los socialistas y comunistas alemanes a los que se había afiliado, y se acercó a un círculo italiano más interesado en cambiar la historia por medio de la acción que en el diagnóstico ideológico “correcto”. Por influjo de su futuro cuñado, Eugenio Colorni, cuya heterodoxia filosófica y política fue un modelo, Hirschman se hizo más ecléctico en sus lecturas –Colorni le infundió su entusiasmo por Montaigne y por la belleza del ensayo– y más abierto en su visión política. Cuando el generalísimo Franco se rebeló contra el gobierno republicano en Madrid, los italianos empezaron a reclutar los primeros voluntarios en París. Hirschman fue uno de ellos. Semanas después del estallido de la Guerra Civil española, estaba en Barcelona. Se alistó, combatió y fue herido en el frente de Aragón. Cuando el Partido Comunista intentó controlar a los milicianos, anarquistas y progresistas, Hirschman, desanimado por el mismo espíritu de intransigencia que vio en los últimos días de la República de Weimar, viajó a Italia para participar en un nuevo frente de la lucha continental. Los decretos antisemitas de Mussolini de 1938 interrumpieron su estadía, no antes de obtener su doctorado en la Universidad de Trieste. De nuevo huyó a París.

La guerra dispersó a mucha gente por todo el mundo. La marcha de Hirschman fue singular porque estuvo ligada a su ingreso como voluntario profesional en ejércitos de otros pueblos, no como mercenario sino como leal a una causa. Para uno de los grandes teóricos de las reacciones humanas ante el deterioro de las organizaciones –inscrito en su obra pionera *Salida, voz y lealtad*–, el cambio de compromisos y las despedidas tenían una larga historia personal. Cuando llegó la tiranía, no había duda de qué lado estaba su lealtad. Después de 1939, se enroló en dos ejércitos –el francés y el estadounidense– para combatir al fascismo. En ambos casos como extranjero. Aunque la vida de soldado significara someterse a las reglas rígidas y a la burocracia de una organización de masas. Más de su agrado era la colaboración con el periodista estadounidense Varian Fry en una operación en Marsella que rescató a cientos de refugiados europeos, entre ellos Marc Chagall, Max Ernst, André Breton y Hannah Arendt. Esa lucha furtiva era más atractiva para el temperamento de Hirschman. Hasta que la policía de Vichy lo persiguió por los Pirineos.

Es fácil olvidar que hubo una época en la que la vida del espíritu no estaba tan separada de la intervención en el mundo. Durante buena parte de la vida de Hirschman, la formación de un intelectual no siempre implicaba la formación de un académico. En efecto,

cuando obtuvo su primer cargo como economista, no fue para trabajar en una universidad sino para la Junta de la Reserva Federal en Washington, en el Plan Marshall y la reconstrucción europea. Hasta que la paranoia reaccionaria de las purgas macartistas en el servicio civil estadounidense lo llevó de nuevo a cruzar fronteras en busca de lugares más seguros y, de ser posible, de aventuras. En 1952 viajó a Colombia con su esposa Sarah y sus dos hijas.

Así comenzó su latinoamericanización y, con ella, su reinención. Algunas características básicas de su estilo ya eran entonces más claras. No era un pensador ortodoxo. Desafiaba la categorización. Y cuando los tiempos eran sombríos era aún más necesario pensar de manera diferente las causas de los problemas y sus posibles remedios. Pero fue el encuentro con los retos del desarrollo capitalista y de la democracia en América Latina lo que alentó su imaginación. En Colombia no trabajó en una torre de marfil, sino como asesor que ayudaba a resolver problemas cotidianos de inversión en sistemas de riego y proyectos de construcción de vivienda. Esos años de trabajo y observación de campo se reflejarían en las publicaciones que reorientaron su carrera y que lo llevarían, a mediana edad, a las ciudadelas de la educación superior estadounidense: Yale, Columbia, Harvard y, por último, al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton.

Los encuentros en América Latina nutrieron veinticinco años de obras innovadoras, desde *La estrategia del desarrollo económico* (1961) y *Viajes hacia el progreso* (1963), hasta su brillante pero ignorado ensayo *El avance en colectividad: experimentos populares en la América Latina* (1983). Seguir la obra de Hirschman es rastrear los encantamientos y desencantamientos de la manera de pensar el desarrollo tal como lo conciben planificadores, banqueros mundiales, ingenieros y activistas de base, expertos en el arte del progreso. Él pensaba que a los economistas les correspondía “cantar la epopeya” de su labor. No es extraño que uno de los aforismos que más le gustaban fuese la comparación de Camus de la lucha por el cambio y la superación de las resistencias con “una larga confrontación entre el hombre y la situación”. Este era siempre un enfoque más atractivo que la confianza ciega en la solución de todos los problemas, o su equivalente, el fatalismo de que nada se puede cambiar intencionalmente.

Cabe destacar un hilo conductor en el estilo narrativo de Hirschman: el delicado equilibrio entre observación desapasionada y participación crítica. Portaba un conocimiento que buscaba cambiar nuestra comprensión del mundo. Su propósito era que la lectura de un libro o de un ensayo suyo trastornara el sentido común y la orto-

doxia. Bien se tratase de los gurús del “crecimiento equilibrado” de los años sesenta o de los friedmanianos fanáticos de los ochenta, se inclinaba siempre a desafiar las certezas absolutas. Sin exceptuar a sus colegas de izquierda. Hirschman era un comprensivo escéptico de la teoría de la “dependencia” y de las explicaciones “estructuralistas” de los problemas de América Latina. Se suele olvidar que en *Retóricas de la intransigencia* (1991) —el célebre libro donde expuso los juegos de palabras de quienes hoy llamamos apóstoles “neoliberales”— dedicó un capítulo a las formas progresistas de intransigencia.

Hirschman era un maestro para transformar frases familiares y términos comunes y llevar a sus lectores a descubrir que la realidad no es tan fija como parece. Esa fue una de las razones para que fuera uno de los primeros en incursionar en la psicología y el análisis social. Tardíamente, hoy se lo reconoce como uno de los fundadores de una ciencia social del comportamiento más amplia, y por ello fue redescubierto después de muchos años de menosprecio de los puristas. A veces me preguntan por qué no ganó el Premio Nobel de Economía que tanto merecía, como señaló *The Economist* en su obituario. Así como Borges en su relación con el canon literario, Hirschman desafió la manera usual de organizar los feudos intelectuales en la academia y sus disciplinas. Lo que lo hizo tan original fue que surgió en los márgenes de la universidad y nunca perteneció del todo a ella. Esto le dio libertad para cruzar fronteras sin inhibiciones. Pero las reuniones de profesores y los rituales de la vida académica lo aburrían hasta el desconsuelo.

Paradójicamente, escribió sobre todo para intelectuales. Se podría decir que ellos fueron el tema y el público de sus obras. Al descubrir que uno de los principales factores del desarrollo era la forma en que ellos imaginaban las posibilidades del progreso, quedó en claro que nuestra manera de entender el mundo incide en cómo podemos cambiarlo, y que los intelectuales cumplen un papel esencial en la creación de campos de significado. En los años sesenta, Hirschman instó a los pensadores latinoamericanos a superar su agudo pesimismo. Igual lo hizo con el pensamiento social estadounidense de los años ochenta. Entre esos años escribió un deslumbrante ensayo acerca de la historia del pensamiento sobre el capitalismo, *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo* (1977), en el que insistió en que había maneras alternativas de pensar los mercados y la política, más humanas, más creativas y, en últimas, más liberadoras que los esquemas elaborados por los insensibles defensores y críticos del capitalismo.

Como escribió en la última línea de ese gran libro, quizá en la historia de las ideas encontremos claves para elevar el nivel del debate. Para lograr ese fin, pocos dejaron tantas claves como Hirschman. Es difícil imaginar un mejor momento que el actual para elevar el nivel del debate.